

Recibido 26 de abril de 2020

Hoy, que acaban de salir los niños de su encierro, parcialmente, moderadamente, se vuelven a hacer presentes en la calle, en el exterior del mundo, a la vista de todos. Se les puede ver y oír sus ruidos y sus voces. Y, la verdad es que, aún con sus salidas tan dosificadas, han llenado la calle con su presencia, y produce tranquilidad y alegría el hecho de que vuelvan a estar ahí.

La situación que estamos viviendo no solamente es un reto para el Sistema de Salud, sino también para todo el sistema relacional humano. Esta inmersión repentina en un mundo en el que somos fuente de peligro potencial los unos para los otros, no deja de ser extraña e impactante, como una película de ciencia ficción en la que se materializan las pesadillas de nuestros peores sueños. Es algo que ninguno de nosotros, creo, había alcanzado a imaginar. Es algo a lo que tendremos que dar un sentido. Un quiebro en nuestras vidas, una rotura cuyo alcance, ahora, es difícil de medir, algo que tendremos que incluir, cada uno como podamos, en el continuo de nuestras vidas.

Y, en el caso de los niños, plantea incógnitas muy grandes.

Toda esta pérdida repentina y brutal de la seguridad a la que estábamos acostumbrados, la irrupción de los imprevisibles y graves riesgos de la enfermedad y la muerte, contadas por números, como los partes de guerra, y, más aún, lo que a cada familia le haya tocado más de cerca, tendrá efectos cuyo alcance ahora es muy difícil de evaluar

Este virus maldito ha perturbado y trastornado nuestro mundo, convirtiéndolo en un caos que todos nos hemos afanado en ir organizando, con pérdidas continuas que todos hemos procurado ir elaborando, cada uno como buenamente hemos podido. Produce muchos sentimientos poderosos y difíciles de vivir, entre ellos, la sensación de que destruye nuestro mundo, un mundo que todos intentamos conservar y reconstruir como mejor sabemos y podemos.

¿Cómo pueden vivir y haber vivido los niños toda esta alteración del orden de las cosas? El trastoque de todas sus costumbres, la alteración temporal (temporal.... por cuánto

tiempo? ) de los valores. No se va al colegio. Los padres no van a trabajar.... bueno: algunos sí..... y en trabajos de riesgo....o de necesidad. No se puede ir a ver a los abuelos. No se puede abrazar ni dar besos, salvo a los padres, si es que estos no se han contagiado. No se puede ir al parque. No se pueden tocar los toboganes....no se puede jugar con los amigos.... Hay que taparse la cara. No se puede tocar nada....etc. etc. El mal acecha, oculto, en cualquier gesto banal.

Aunque temporalmente, se han roto todos los moldes de la convivencia social. Y han variado las normas y las guías que orientan, en el mundo, sobre lo que es bueno o malo. Mucho cambio en poco tiempo.

Los criterios sobre lo que es bueno o malo, seguro o peligroso, han variado de tal forma que exigen un gran esfuerzo de comprensión. Ya sabemos que hay padres que son bien capaces de ayudar a entender este laberinto a sus hijos. También sabemos, y confiamos en que serán la mayoría. Pero, sin duda, nuestros pequeños héroes de todas las edades tendrán que ser grandes. Y habrá que ver cómo lo digieren, según las franjas de edad. Con las poblaciones de riesgo, será otro cantar. Y habrá que dedicarles toda la atención y esfuerzo posibles.

Los mayores entendemos que lo fundamental está detrás de lo concreto. Pero, ¿cómo puede entender eso un niño? No se puede ir al cole, pero sigue siendo bueno y necesario estudiar. Los padres no van al trabajo, pero sigue siendo bueno y necesario trabajar.... no podemos acercarnos, hay que mantener una distancia.... hay que ir pertrechados con mascarillas y guantes.... pero sigue siendo importante colaborar.... Los niños con confianza en los padres se dejan guiar por ellos. ¿Qué nos dirán cuando hablen? Será curioso de oír. Y esa infancia doliente y silente, que habla menos y menos claro cuanto mayor es su queja, cómo nos transmitirá su vivencia?

Hay algo especialmente difícil en el hecho de que los niños pueden ser “transmisores asintomáticos”. O sea: que, sin notarlo ni controlarlo, pueden ser un arma letal para los otros, en especial los mayores, los abuelos. ¡Qué sensación! ¡Pobres! Toda una bomba de relojería para los temores de pérdida y los sentimientos de culpa.

La salida “hacia” la libertad, no todavía “ a” la libertad, pues está marcada con condiciones, probablemente necesarias, pero que restringen la espontaneidad, es un alivio, pero aún queda mucho camino que recorrer. Las restricciones en la movilidad se han aliviado con las salidas, aunque sólo sea de una hora. Pero las restricciones en las relaciones y las necesidades y tendencias más elementales de los niños (habitualmente favorecidas por padres y adultos, y ahora frenadas) permanecen, y seguirán produciendo efectos difíciles de calcular. Digo esto porque, estos días he escuchado en la radio y en la tv opiniones en la línea de que: los niños son muy “resilientes” y todo lo vivido no les causará ningún efecto. Creer que una situación tan novedosa y extraña, de tanta fuerza y, potencialmente, traumática, no va a tener ningún efecto en la vida de los niños, por “resilientes” que sean, parece bastante aventurado.

Según los niños vayan saliendo de su aislamiento doméstico y hablando, podremos observar y escuchar lo que vayan expresando, y será curioso escuchar lo que nos dicen o transmiten en sus formas habituales de comunicarse: todo un mundo de sorpresas, no todas ellas necesariamente malas. Por ejemplo, durante esta cuarentena, los niños han tenido una experiencia muy novedosa con las pantallas. Las pantallas se han humanizado. En ellas ya no aparecen sólo Super Mario y todos esos héroes fantasiosos de otros mundos. Las pantallas se han llenado de caras y voces conocidas: abuelos, tíos, primos, amigos: hasta de profesores, y se meten en las casas de personas normales que dicen cosas de la vida diaria.

También es toda una incógnita cómo van a encajar esa sensación acrecentada en todos nosotros de la pertenencia a la comunidad, y la necesidad de tener muy en cuenta a los demás y ser solidarios. Eso que se les habrá transmitido de tantas formas estos días.

Algunas cosas producen especial curiosidad, por lo menos a mí. ¿Cómo estarán viviendo todo esto los adolescentes? ¿Qué nos dirán? ¿Qué aportarán? Su contribución será importante, como también la de los niños.

La vida es nuestro mayor tesoro. La salud es un bien precioso: la salud física y mental. Los niños son nuestro futuro. No son meros “transmisores” ni “obedecedores”, son personas, sujetos de pleno derecho, aunque pocas veces pueden colocar su discurso con la suficiente

fuerza como para que la sociedad los escuche con todo respeto. Por eso son muy de agradecer la comprensión y las voces que les dan aquellos adultos que son capaces de hacerlo

Carta enviada el 26 de abril de 2020

Fdo. Paz San Miguel

Psicóloga clínica

Socia emérita de SEPYRNA